La Favorita es un nuevo capricho del género de la locura palagoniana; solo que en la Favorita todo es chinesco: interior y esterior, muebles y jardin. Todo es kioskos, pagodas, puentes, campanillas y cascabeles. Inútil es decir que todo esto es de un gusto detestable y del género mas malo de la época de Luis XV.

Al volver á Palermo, encontramos toda nuestra tripulacion que nos aguardaba en la puerta de la fonda. El Speronare habia entrado en el puerto aquella misma mañana con un escelente viage. Llevaba consigo una provision de vino de Marsala, comprado sobre el terreno. Nos fué preciso dejarnos besar las manos por aquellas buenas gentes, á quienes citamos á bordo para el lunes siguiente.

CÁRLOS DE ANJOU.

A una milla próximamente de Palermo, orilla del Orete y cerca del campo santo actual, hay una iglesia pequeña, denominada del Espíritu Santo. No tiene nada de notable bajo el aspecto del arte, pero conserva un gran recuerdo para los napolitanos. A la puerta de aquella iglesia es donde comenzó la matanza de las Vísperas sicilianas. Asi, no podiamos dejarla de hacer nuestra visita.

Los que me han seguido en mis escursiones pintorescas, tendrán gusto en acompañarme un instante en esta escursion histórica, puesto que el asunto merece la pena.

Acababa de morir el papa Alejandro IV. La batalla de Monte-Aperto, á cuyo éxito habia contribuido Manfredo, enviando mil de sus caballeros en auxilio de los gibelinos, habia consolidado el poder imperial en Italia, y colocado á Manfredo á la cabeza del partido aristocrático. Urbano IV, al subir al trono pontificio, vió que si queria volver á Roma su antigua supremacía, era preciso herir á Manfredo.

Tanto mas fácil era aquello, cuanto que Manfredo daba con su conducta gran motivo á la censura eclesiástica. Se sospechaba que habia acelerado la muerte de su padre Federico II (1) y de su hermano Conrado. Ademas, en vez de combatir á los sarracenos por todas partes donde se encontrasen, como lo habian hecho sus predecesores normandos, se habia aliado con ellos y tenia un cuerpo de infantería y de caballería árabes en su ejército.

Urbano IV, por su parte, debia mas que ningun otro de sus predecesores inclinarse á sostener el partido güelfo con todo su poder. Nacido en Troyes, en Champagne, en la última clase del pueblo, se habia engrandecido, ayudado tan solo por su genio. Obispo de Verdun primero, despues patriarca de Jerusalen, habia vuelto en 1261 de Tierra Santa y habia hallado la Santa Sede vacante. Ocho cardenales, último resto del Sacro Colegio, estaban reunidos en cónclave para elegir un sucesor á Alejandro IV, y acababan de pasar tres meses intentando inútilmente reunir mayoría para uno de entre ellos. Cansados de estas tentativas infructuosas, uno de los votantes puso en su papeleta el nombre del patriarca de Jerusalen. Al siguiente escrutinio reunió mayoría aquel nombre, y el elegido de la suerte llegó á ser el vicario de Cristo bajo el nombre de Urbano IV.

Tiempo era de que cesase el interregno: desde las ventanas del Vaticano podia ver el nuevo papa á los sarracenos bajando por la campiña de Roma. Urbano IV no solo les mandó salir de allí, sino que aun, tratándolos como á sus hermanos de Africa y de Siria, publicó una cruzada contra ellos. Algunos llegan hasta decir que cubierto de una coraza y velado el rostro por un casco, ocupó un lugar entre los caballeros, y uniendo lo tajante de su espada al poder de la palabra, los rechazó con su misma mano mas allá de las fronteras de la Santa Sede.

Pero Urbano no era hombre de detenerse ahí. Manfredo supo al mismo tiempo que sus soldados habian sido rechazados y que él era citado á comparecer ante el papa para dar cuenta de sus alianzas con los sarracenos, de su obstinacion en hacer celebrar los Santos Misterios en los lugares entredichos, y de la ejecucion de dos ó tres de sus súbditos, ejecucion que la bula pontificia calificaba de asesinatos. Manfredo, como es de suponer, se echó á reir de aquella órden, y rehusó obedecer.

Entonces Urbano IV volvióse hácia la Francia, su pais natal. El santo rey Luis reinaba. Le ofreció el papa el reino de Sicilia para él ó para uno de sus hijos. Pero Luis tenia un gran corazon: era la lealtad, la nobleza y la justicia personificadas. Examinando las decisiones del santo padre, le pareció instintivamente que no tenia derecho de apoderarse de una corona colocada legítimamente sobre la cabeza de otro, y de la que, á falta de éste, era heredero su sobrino. Espresó sus escrúpulos, que una larga carta de Urbano IV no consiguió vencer. Entonces el papa se dirigió á Cárlos de Anjou, hermano del rey, y le envió el breve de investidura.

(1) La escomunion contra la casa de Suavia remontaba á Federico II. A propósito de esta escomunion fué el que un sacerdote de Paris, encargado de proclamar el entredicho, y no queriendo decidirse entre dos antagonistas tan poderosos, salió de aquella difícil mision diciendo desde la cátedra estas palabras llenas de ingenio: «Tengo órden de denunciar al emperador com) escomulgado; ignoro por qué. He sabido únicamente que habia una gran diferencia entre él y el papa. No sé de qué parte está el mejor derecho. En consecuencia, en lo que yo puedo, doy mi bendicion á aquel de los dos que tenga razon, y escomulgo al que no la tenga.»

Cárlos de Anjou era una de esas poderosas organizaciones del siglo XIII, que vió nacer tantos hombres de hierro. Podria tener en aquella época cuarenta y ocho años próximamente; era el hermano segundo de San Luis, con quien habia hecho la cruzada de Egipto, y cuya cautividad habia participado en Mansourah. Estaba casado con Beatriz, cuarta hija de Raimundo Berenguer, que habia casado las otras tres: la mayor, Margarita, con Luis IX, rey de Francia; la segunda, Leonor, con Enrique III, rey de Inglaterra, y la tercera con Ricardo, duque de Cornuailles y rey de romanos. Cárlos de Anjou era por tanto, despues de los reyes reinantes, uno de los mas poderosos príncipes del mundo, porque como príncipe de Francia poseia el ducado de Anjou, y como marido de Beatriz habia heredado el condado de Provenza.

Ademas, dice Juan de Willani, su historiador, era un hombre sabio y prudente en el consejo, animoso y esforzado en las armas, severo y temido aun de los mismos reyes, porque tenia grandes ideas que le llevaban á las mas altas empresas; porque era perseverante en la fortuna é incontrastable en la adversidad; porque era firme y fiel en sus promesas, hablando poco, obrando mucho, casi nunca riendo, no agradándole ni los juegos de cortesanos; grave y comedido como un hombre religioso, ferviente católico y apto para hacer justicia; su estatura era elevada y nerviosa, su tez morena, su mirada terrible. Parecia mas á propósito que ningun otro señor para la magestad real, permanecia doce ó quince horas á caballo, cubierto con su arnés de guerra, sin parecer fatigado; dormia muy poco y siempre despertaba dispuesto al combate ó al consejo.

He ahi el hombre sobre el que Urbano IV, en su instinto de odio contra los gibelinos, habia puesto sus ojos. Simon, cardenal de Santa Cecilia, partió para Francia y en nombre del papa le entregó el breve de su investidura.

Cárlos de Anjou llevaba el breve en la mano, cuando al entrar en su casa, encontró á su muger llorando; tanto mas le admiró aquel dolor cuanto que Beatriz tenia á su lado en aquella época, las dos hermanas que mas amaba, Margarita y Leonor.

Al ver á su marido, á quien no esperaba, trató de ocultar sus lágrimas; pero fué inútil. Cárlos la preguntó qué tenia; en lugar de responderle Beatriz prorumpió en sollozos. Cárlos insistió entonces con mas ahinco, y Beatriz le contó, que algunos minutos antes habia ido á hacer una visita á sus dos hermanas y despues de haberlas abrazado quiso sentarse cerca de ellas, en un sillon parecido al suyo, cuando la reina de Inglaterra, la habia arrebatado el sillon de las manos y la habia dicho:—Vos no podeis sentaros en un asiento igual al nuestro, tomad, pues, un taburete, ó á lo mas una silla, porque mi hermana es reina de Francia y yo soy reina de Inglaterra, al paso que vos no sois mas que duquesa de Anjou y condesa de Provenza.

Cárlos de Anjou dejó vagar por sus labios una de esas sonrisas raras y amargas que hacian sombría su fisonomía en vez de iluminarla, y habiendo abrazado á Beatriz la dijo:

—Volved á ver á vuestras hermanas, sentaos en un asiento igual á sus asientos, porque si ellas son reinas de Francia y de Inglaterra, vos sois reina de Nápoles y de Sicilia.

Pero no estaba cifrado todo en tomar un vasto título; era preciso en realidad conquistar el trono al que aquel título estaba unido. Carlos echó un impuesto sobre sus vasallos de Anjou y de Provenza, y Beatriz vendió todas sus joyas, á escepcion de su anillo nupcial. El mismo San Luis deseoso de ver á su hermano ocupar en otra parte que en Francia su espíritu activo y emprendedor, le ayudó; y Cárlos, gracias á todos aquellos medios reunidos y á las promesas que hizo, de las que su honra y valor eran las garantías, llegó á reunir un ejército de cinco mil caballos, quince mil infantes y diez mil arcabuceros. Pero con la prisa que tenia de llegar á Roma y de ocupar en la ciudad pontificia el cargo de senador que se le habia conferido, tomó consigo mil caballeros solamente, se embarcó en una pequeña escuadra de veinte galeras que tenia dispuesta, y se hizo á la vela para Ostia, dejando la conduccion de su ejército á Roberto de Bethune, su yerno. Manfredo colocó á la embocadura del Tiber al conde Güido Novello, que mandaba por él en Toscana. El conde Güido Novello, que mandaba las galeras reunidas de Pisa y de Sicilia, tenia una escuadra tres veces mayor que la de Cárlos de Anjou; pero Dios habia decidido que Cárlos de Anjou seria rey. Abrió la mano y dejó caer la tempestad; faltó poco para que la tempestad arrojase la flota de Cárlos de Anjou hasta las costas de Toscana, pero alejó la de Güido Novello de las costas pontificias. Cárlos de Anjou lanzado adelante con su buque abordó solo á Ostia; despues metiéndose en una lancha acompañado de solo cinco ó seis caballeros, subió el Tiber y fué á alojarse al convento de San Pablo estramuros; mas bien como un fugitivo que como un conquistador.

Durante este tiempo Urbano IV habia muerto; pero llevando su proyecto mas allá del a vida, antes de morir habia creado veinte cardenales á quienes habia hecho jurar darle por sucesor al cardenal de Narbona, Francesco Moel, y ademas súbdito inmediato de Cárlos de Anjou. Los cardenales habian cumplido su palabra y Güido Fulco, elegido casi por unanimidad, al mismo tiempo que estaba enviado cerca de Cárlos, era elevado al trono pontificio tomando el nombre de Clemente IV.

Cárlos tenia, pues, la seguridad de ser bien recibido en Roma, solo que no queria

hacer su entrada en ella sino con un acompañamiento digno de un príncipe tal como él. Permaneció, pues, en el convento de San Pablo extramuros, con peligro de ser arrebatado por alguna partida de gibelinos, hasta el momento en que las galeras que habia perdido en el mar do Toscana arribasen á su vez á Ostia. Cárlos reunió al punto sus caballeros y el 24 de mayo de 1265 hizo su entrada en la capital del orbe católico con el título solemne de defensor de la Iglesia.

Entretanto el resto del ejército pasaba los Alpes, bajaba al Piamonte, atravesaba el Milanesado, evitaba á Florencia la Gibelina, llegaba á Ferrara y reclutando por todas partes los güelfos que encontraba en su camino llegó delante de Roma en los últimos dias del año 1265.

Ya era tiempo. Se habian hecho toda clase de sacrificios para llevarle hasta allí: Cárlos de Anjou y el papa habian agotado sus tesoros; los dos carecian de dinero: no habia, pues, un minuto que perder, era preciso marchar contra el enemigo y pagar á los soldados con una victoria.

Cárlos de Anjou, ni aun quiso aguardarse á que llegara la primavera: púsose á la cabeza de su ejército, y en los primeros dias de febrero avanzó hácia Nápoles por el camino de Ferentino.

Al llegar á Caperano descubrieron los franceses las avanzadas enemigas, mandadas por el conde de Caserta, cuñado de Manfredo; defendia un paso del Garigliano, admirablemente fortificado por la naturaleza. Los franceses examinaron la posicion y reconocieron su superioridad; decididos sin embargo, á atravesar el rio, no por eso dejaron de marchar contra el enemigo; pero éste los aguardó y con gran admiracion suya les dejó libre el paso. Entonces Cárlos de Anjou reconoció que habia insensatez ó traicion entre los lugartenientes de Manfredo y dió gracias por ello á Dios en voz alta.

Fué, pues, el rio atravesado sin que se diese un bote de lanza y avanzaron hácia las dos fortalezas de Rocca y de San German; estas no estaban defendidas por napolitanos sino por árabes; así la lucha fué larga y sangrienta. En fin, las dos fueron escaladas, y como los sarracenos que las defendian no pudieron huir y desdeñaron rendirse, fueron pasados á cuchillo sin quedar uno.

A la noticia de aquellos dos sucesos tan inesperados la desanimacion cundió entre los apullanos. Aquino abrió sus puertas; los desfiladeros de Alifes fueron entregados y Cárlos y sus soldados desembocaron en las llanuras de Benevento donde los esperaba Manfredo con su ejército.

Puede decirse sin exageracion alguna, que la Europa entera tenia fijos sus ojos sobre aquel pequeño rincon de la tierra, donde iba á decidirse la gran cuestion güelfa y gibelina que separaba la Italia y la Alemania hacia siglo y medio, viniendo á las manos el papa y el emperador en las personas de sus lugartenientes, y estos lugartenientes eran no solo dos de los mas grandes príncipes, sino los dos mas bravos capitanes que habia en el mundo.

Así ni el uno ni el otro faltaron á su renombre ni á su destino. Cárlos de Anjou al descubrir los soldados de Manfredo se volvió hácia sus caballeros y dijo:—Condes, barones, caballeros y hombres de armas, he aquí el dia que tanto hemos deseado, así pues, en nombre de Dios y de nuestro santo padre el papa, adelante!

Y entonces dividió en cuatro brigadas su caballería; la primera, que se componia de mil caballeros franceses mandados por Guy de Monfort y el mariscal de Mirelpoix; la segunda compuesta de nuevecientos caballeros provenzales y de los auxiliares romanos, que se reservó conducir él mismo; la tercera que era de setecientos caballeros flamencos, bravanzones y picardos y que puso bajo las órdenes de Roberto de Flandes y de Gilles Le Brun, condestable de Francia; en fin, la cuarta que se componia de cuatrocientos emigrados florentinos, antiguos restos de Monte-Operto y que conducia Güido Guerra, aquel eterno enemigo de los gibelinos.

Cuando Manfredo divisó, por su parte, las tropas francesas se armó, á escepcion de su casco, al que él mismo unió la cimera, que era una águila de plata, á fin de no tener mas que ponerle en su cabeza; luego, montando á caballo, se adelantó en medio de sus capitanes diciendo:—Condes y barones, aquí es donde necesito vencer como rey ó morir como caballero, por mas que no sea esta la opinion de alguno de vosotros, lo sé; no daré, pues, un paso para evitar la batalla. Aprestaos, pues, sin tardanza, porque ved ahí á los franceses que avanzan hácia nosotros.

Y al mismo tiempo hizo de su ejército tres divisiones: la primera de mil doscientos caballos alemanes mandados por el conde Giordiano Lanzia y la otra de mil cuatrocientos caballos apullanos y sarracenos, cuyo mando se reservaba á sí mismo.

Se ve que por una y otra parte los historiadores no cuentan para nada con la infantería.—El rio Calore, que corre delante de Benevento, separaba á los dos ejércitos.

En el momento en que Manfredo tomó sus disposiciones para sostener la batalla, y en el que era evidente para los franceses que iban á venir á las manos con sus enemigos, el legado del papa se subió sobre un escudo, que cuatro hombres elevaron sobre sus espaldas; despues bendijo á Cárlos de Anjou y sus caballeros, dándoles la absolucion de sus pecados: y todos la recibieron de rodillas, como debian hacerlo soldados de Cristo y defensores de la Iglesia.

Avanzaron los franceses hácia el riachuelo

con lentitud y precaucion, porque ignoraban de que medio valerse para atravesarle, cuando vieron á los arqueros sarracenos, que les economizaban aquel trabajo atravesándole ellos mismos y viniendo á su presencia. Los arqueros sarracenos pasaban como los ingleses, por los mas diestros tiradores de la tierra, y eran por otra parte tan ágiles y veloces como ellos. Así la infantería francesa mal armada, sin corazas y teniendo apenas unos justillos reenchidos ó algunos cascos de cuero, no pudo sostenerse contra la nube de flechas que las águilas árabes hicieron llover sobre ella, y se retiró en desórden. Entonces, Guy de Monfort y el mariscal de Mirelpoix temiendo que aquel mal paso quebrantase la confianza en el resto del ejército volvieron sobre los arqueros con la primera brigada gritando: ¡Al arma, caballeros! Los arqueros ni aun intentaron resistir á aquel torrente de acero que se precipitaba sobre ellos; se dispersaron por la llanura huyendo; pero disparando siempre. Los caballeros franceses enardecidos en su persecucion comenzaron á desbandarse; entonces el conde Galvano que mandaba la primera division, creyendo que era llegado el momento de cargar sobre aquella tropa en desórden enristró su lanza gritando: ¡Suabia, Suabia, caballeros! y descendiendo á su vez á la llanura, vino á dar sobre el flanco de la brigada francesa, que casi separó en dos.

Pero al punto el conde de Galvano se vió cargado á su vez por Guido Guerra y sus güelfos; al mismo tiempo el grito de: ¡á los caballos, á los caballos! circuló entre las brigadas francesa y florentina: los caballeros de Cárlos de Anjou comenzaron á herir á los animales en vez de herir á los hombres: los caballos, peor armados que los caballeros, cayeron unos sobre otros; el sobresalto comenzó á cundir entre los caballeros alemanes. La segunda brigada de Manfredo, mandada por el conde Giordano Lanzia, y compuesta de toscanos y lombardos, fué á su socorro; pero su carga, mal dirigida, encontró á los alemanes que comenzaban á huir, y en lugar de restablecer el combate, no hizo sino aumentar el desórden. En aquel momento Cárlos de Anjou hizo pasar la órden de avanzar á su tercera brigada. Los alemanes, los lombardos y los toscanos de Manfredo se encontraron casi envueltos; en medio de todo aquello se reconocia á los güelfos, que teniendo que vengar la derrota de Monte-Aperto, hacian maravillas y descargaban los golpes mas furibundos. Los arqueros sarracenos habian llegado á ser inútiles, porque era tal la confusion, que sus flechas caian igualmente sobre los alemanes que sobre los franceses. Manfredo creyó que bastaria su presencia y la de mil doscientos hombres de refresco que habia reservado, para restablecer la batalla, y mandó á sus capitanes se preparasen á seguirle. Pero en lugar de secundarle, los barones de la Pulla, el gran tesorero conde de la Cerra y el conde de Caserta, volvieron bridas y huyeron, arrastrando consigo nuevecientos hombres próximamente. Entonces fué cuando vió Manfredo que habia llegado la hora, no de vencer como rey, sino de morir como caballero; habiendo mirado á su rededor, y viendo que le quedaban todavía trescientas lanzas, tomó su casco de manos de su escudero; pero en el momento en que le ponia sobre su cabeza, el águila de plata que formaba la cimera, cayó sobre el arzon de su silla.

—Es un aviso de Dios; murmuró Manfredo; habia yo puesto esta cimera con mis propias manos y no es la casualidad la que la derriba. No importa; ¡adelante! ¡Suabia, caballeros!

Y calando su visera y poniendo lanza en ristre, se metió en medio del ejército francés, donde desapareció, no habiendo ya quien le distinguiese de los demas hombres de armas. Muy pronto la lucha se debilitó por parte de los alemanes. Los toscanos y lombardos huyeron; Cárlos de Anjou con sus nuevecientos caballeros provenzales, cayó sobre los que todavía se sostenian; los gibelinos, sin gefe, sin órdenes, llamando á Manfredo que no contestaba, tomaron la fuga; los vencedores les persiguieron mezclados, y atravesaron Benevento con ellos. Nadie trató de rehacer á los vencidos, y en un solo dia, en una sola batalla, en cinco horas escasas, la corona de Nápoles y de Sicilia se escapó de las manos de la casa de Suabia y rodó á los pies de Cárlos de Anjou.

Los franceses no se detuvieron sino cuando se cansaron de matar. Su pérdida habia sido grande, pero la de los gibelinos fué terrible. Pedro de los Uberti y Giordano Lanzia fueron cogidos vivos; la hermana de Manfredo, su muger Sibila y sus hijos se entregaron y fueron á morir á los calabozos de la Provenza; en fin, aquel magnífico ejército, tan lleno de valor y de esperanza por la mañana, parecia haberse desvanecido como el humo, y no quedaban de él sino los cadáveres tendidos en el campo de batalla.

Durante tres dias buscaron á Manfredo, porque la victoria de Cárlos de Anjou era incompleta si no se encontraba á Manfredo muerto ó vivo. En aquellos tres dias examinaron uno por uno los caballeros que habian sido muertos; en fin, un criado aleman le reconoció, puso su cadáver atravesado en un asno, y le llevó á Benevento á la casa en que habitaba Cárlos; pero como Cárlos no conocia á Manfredo, y temia se le engañase, mandó depositar su cadáver enteramente desnudo en medio de una sala, y en seguida llamó á Giordano Lanzia. Mientras se cumplia su órden, Cárlos arrastró una silla cerca del cadáver y se sentó para mirarle; tenia dos anchas y profundas heridas, una en la garganta y otra en el lado derecho del pecho, y otra porcion de heridas

leves por todo el cuerpo, lo cual indicaba que habia recibido un gran número de golpes antes de caer.

Cuando examinaba Cárlos aquel cuerpo enteramente mutilado, se abrió la puerta, y Giordano Lanzia apareció. Apenas echó una mirada sobre el cadáver, á pesar de que tenia el rostro ensangrentado, cuando esclamó golpeándose la frente:

—¡Oh! ¡mi señor, mi señor! ¿qué ha sido de nosotros?

Cárlos de Anjou no preguntó mas; sabia todo lo que deseaba saber; aquel cadáver era efectivamente el de Manfredo.

Entonces los caballeros franceses que habian ido á buscar á Giordano Lanzia, y que habian entrado detrás de él, pidieron á Cárlos de Anjou se hiciese al menos dar sepultura sagrada á aquel que tres dias antes era todavía rey de los dos reinos. Pero Cárlos respondió:

—Asi lo haria de buena gana, pero como está escomulgado, no puedo.

Los caballeros bajaron la cabeza, porque lo que decia Cárlos era verdad: la maldicion pontificia perseguia al escomulgado hasta mas allá de la tumba. Contentóse, pues, con abrirle un nicho al pie del puente de Benevento, y echarle tierra, sin poner sobre su abandonado sepulcro ninguna señal que indicase lo que habia sido el que estaba enterrado en él. Sin embargo, los vencedores no pudieron consentir que el lugar donde reposaba tan gran capitan quedase ignorado, y cada soldado tomó una piedra y fué á depositarla sobre su fosa; pero el legado no quiso permitir que los restos de Manfredo reposasen bajo aquel monumento elevado por la piedad de sus enemigos; hizo exhumar el cadáver, y habiendo ordenado que se le llevase fuera de los Estados pontificios, le hizo arrojar en las márgenes del riachuelo Verte, donde fué pasto de los cuervos y demas aves de rapiña.

Con Cárlos de Anjou, el papa, y por consecuencia los güelfos, triunfaban en toda Italia; en Florencia era donde por el momento estaba el poder gibelino. Un motin que se armó el mismo dia en que se supo la batalla de Benevento, le derribó; luego, para no dejarle ni tiempo ni medios de rehacerse, Cárlos de Anjou envió uno de sus lugartenientes á Sicilia, y marchó sobre Florencia.

Florencia le abrió sus puertas, como debia hacerlo doscientos años mas tarde con Cárlos VIII; Florencia le dió fiestas; Florencia le condujo con gran pompa á ver su cuadro de la Madona, que acababa de terminar Cimabué.

Al mismo tiempo los capitanes franceses se dividian el reino, y los soldados saqueaban las ciudades; esta conducta que debia despopularizar muy pronto al nuevo rey, dió alguna esperanza á los gibelinos: volvieron los ojos hácia la Alemania; hácia allí estaba la única estrella que brillaba en su cielo. Conradino, hijo de Conrado, nieto de Federico, sobrino de Manfredo, y educado en la córte de su abuelo el duque de Baviera, acababa de cumplir diez y seis años. Era un jóven de alma elevada y de gran corazon, que aguardaba el momento de reinar ó de morir: saltó de alegria y de esperanza cuando los mensages de los gibelinos le anunciaron que habia llegado aquel momento.

Su madre, Isabel, le habia educado para el trono; era una muger de noble corazon y despejado talento; vió con dolor la llegada de aquellos mensageros; pero lejos de interponer su amor paternal entre ellos y su hijo, dejó á los hombres disponer de aquellas soberanías de que solo Dios era árbitro.

Se decidió que Conradino marcharia á la cabeza de los gibelinos, y sostenido por el emperador, intentaria reconquistar el reino de sus padres.

Toda la nobleza de Alemania acudió al rededor de Conradino. Federico, duque de Austria, huérfano como él, despojado como él de sus estados, y como él jóven y valiente, se ofreció para ser su segundo en aquel terrible duelo. Conradino aceptó. Los dos jóvenes juraron que nada les podria separar, ni aun la muerte: se pusieron á la cabeza de diez mil hombres de caballería, reunidos por la solicitud del emperador, del duque de Baviera y del conde del Tirol, y llegaron á Verona hácia fin del año 1267.

Cárlos de Anjou tuvo al principio la intencion de cerrar el paso de Roma á su jóven rival, y esperarle entre Luca y Pisa, apoyado en todo el poder de los güelfos de Florencia. Pero las exacciones de sus ministros, las violencias de sus capitanes, y el desórden de la soldadesca, habian escitado una revolucion en sus nuevos estados. Escribió á Clemente IV le ayudase con su palabra y sus tesoros; pero el mismo Clemente, indignado de lo que pasaba casi á su vista, le habia respondido:

«Si tu reino es cruelmente expoliado por tus ministros, á tí es únicamente á quien debe achacarse, puesto que has conferido todos los empleos á ladrones y asesinos que perpetran en tus estados actos cuya vista no puede Dios soportar. Esos hombres infames no temen mancharse con violaciones, adulterios, exacciones injustas y toda clase de latrocinios. Quieres ablandarme hablándome de tu pobreza; mas ¿cómo puedo yo creer en ella? ¿Y cómo no puedes ó no sabes vivir con las rentas de un reino cuya abundancia producia á un soberano tal como Federico, emperador ya de romanos, lo suficiente con que sufragar gastos mucho mayores que los tuyos, con que satisfacer la codicia de la Lombardía, de la Toscana, de las dos Marcas y de la Alemania entera, y que le proporcionaba ademas los medios de acumular inmensas riquezas?»

Forzoso le habia sido, pues, á Cárlos de Anjou volver á Nápoles y abandonar al papa que le abandonaba. En cuanto á la rebelion,

apenas de vuelta en la capital, luchó con ella cuerpo á cuerpo y la ahogó entre sus brazos de hierro.

Clemente IV, que no podia contar con Roma, mal fortificada é incapaz de sostener un sitio, se retiró á Viterbo. Desde allí envió tres veces á Conradino la órden de licenciar su ejército y de ir con los pies descalzos á recibir á las plantas del príncipe de los apóstoles la sentencia que tuviera á bien lanzar contra él. Pero el altivo jóven, engreido con las aclamaciones que le habian acogido en Pisa, y que de Pisa le siguieron hasta Sienna, no se habia dignado contestar á las cartas del Santo Padre, y Clemente, el dia de Pascuas, habia pronunciado la sentencia de escomunion contra él y sus partidarios, sentencia que le declaraba despojado del título de rey de Jerusalen, único que habia dejado á su tio Manfredo al despojarle de sus estados, y libraba á sus vasallos del juramento de fidelidad.

Algunos dias despues anunciaron á Clemente IV que Conradino acababa de batir en Pontavalle á Guillermo de Beselve, mariscal de Cárlos. Clemente estaba en oracion; levantó la cabeza y se contentó con pronunciar estas palabras:

—Los esfuerzos del impío se disiparán en humo.

A los dos dias fueron á decir al papa que el ejército gibelino estaba á la vista de la ciudad. El papa subió á las murallas y desde ellas vió á Conradino y Federico, que no atreviéndose á atacarle, hacian pasar al menos con jactancia ante su vista los diez mil hombres. Uno de los cardenales, asustado de ver tantos valientes hombres de armas de semblante fiero, esclamó:

—¡Oh Dios mio! ¡Qué ejército tan poderoso!

—No es un ejército, respondió Clemente IV: es un tropel que va conducido al sacrificio.

Clemente hablaba en nombre del Señor, y el Señor debia ratificar lo que habia dicho.

Como habia previsto Clemente, Roma no hizo resistencia alguna; el senador Enrique de Castilla fué á abrir la puerta con sus mismas manos. Conradino se detuvo ocho dias en la capital del mundo católico para dar descanso á su ejército y buscar los tesoros que su aproximacion habia hecho se depositasen en las iglesias; despues, á la cabeza de cinco mil hombres de armas, pasó mas abajo de Tivoli, atravesó el valle de Celle, y entró en las llanuras de Tagliacozzo. Allí era donde le aguardaba Cárlos de Anjou.

A pesar de la necesidad que el príncipe francés hubiera tenido en semejante ocasion de todas sus buenas lanzas, no habia podido reunirlas á su derredor, forzado como se habia visto á tener guarniciones en todas las ciudades de Calabria y de Sicilia; pero habia vuelto sus ojos hácia un aliado muy natural; era este Guillermo de Villehardoin, príncipe de Morea; le habia, pues, escrito pidiéndole socorros, y Villehardoin, atravesando el Adriático, habia acudido con trescientos hombres.

Villehardoin estaba cerca de Cárlos de Anjou con su condestable Jadie y messire Juan de Tournay, señor de Calabrita, cuando se comenzó á distinguir el ejército de Conradino. Vestido con un trage ligero, mitad griego, mitad francés, montando uno de esos rápidos corceles de la Elida cuya velocidad alaba Homero, pidió á Cárlos de Anjou la venia para salir en descubierta, con el objeto de reconocer el ejército aleman: concedido el permiso, Guillermo de Villehardoin aflojó la rienda á su caballo, y seguido de dos de los suyos, fué á ponerse en observacion sobre un montecillo, desde donde se dominaba toda la llanura.

El ejército de Conradino era una tercera parte mas fuerte que el del duque de Anjou, y compuesto todo de los mejores caballeros de Alemania. Guillermo volvió, pues, á encontrar á Cárlos con una fisonomía séria, porque por bravo príncipe que fuese, no se disimulaba toda la gravedad de la posicion.

El rey conversaba con un anciano caballero francés, lleno de prudencia y de valor, bueno para el consejo, escelente para el combate; era este el señor de Saint-Valery: el señor de Saint-Valery, por mas distante que hubiese estado de los alemanes, no habia dejado de observar la superioridad de su número, y trataba de calmar el ardor del rey, que sin calcular nada, queria entregarse á Dios y marchar derecho al enemigo, cuando, como hemos dicho, Guillermo de Villehardoin llegó.

A las primeras palabras que pronunció el príncipe, Saint-Valery vió que era aquel un refuerzo que le llegaba, é insistió aun mas todavía para que Cárlos de Anjou se dejase guiar por sus consejos. Cárlos de Anjou entonces se entrega en sus manos, y Guillermo de Villehardoin y Allard de Saint-Valery fijaron el plan de batalla, que fué comunicado al rey y adoptado por él al instante mismo.

Se formaron tres cuerpos de caballería ligera, compuestos de provenzales, toscanos, lombardos y campanianos; se dió á cada cuerpo un gefe que hablase su idioma y á quien conociesen, y estos gefes se pusieron bajo el mando de Enrique de Cosenza, que era de la estatura del rey, y cuya fisonomía se le parecia; ademas Enrique vistió la coraza de Cárlos de Anjou y sus insignias reales, á fin de atraer sobre él todo el esfuerzo de los alemanes.

Estos tres cuerpos debian empeñar la batalla, y en seguida, empeñada la batalla, simular al principio una retirada que se cambiase en seguida en fuga á través de las tiendas, que se dejarian estendidas y abiertas, á fin de que los alemanes viesen todas las riquezas que contenian. Segun toda probabilidad, á la vista de aquellas riquezas, cesarian los vencedores de perseguir á los enemigos para dedicarse al saqueo. Entonces, las tres

divisiones deberian rehacerse, tocar la trompeta, y á aquella señal Cárlos de Anjou con seiscientos hombres, y Guillermo de Villehardoin con trescientos debian atacar á sus enemigos por el flanco y decidir la jornada.

Por su parte, Conradino dividió su ejército en tres cuerpos, á fin de que la confusion de razas no atrajese aquellas querellas tan fatales en un dia de combate; dió los italianos á Galvano de Lanzia, hermano de aquel otro Lanzia que habia sido hecho prisionero en la batalla de Benevento; los españoles á Enrique de Castilla, el mismo que habia abierto las puertas de Roma; en fin, él se quedó, para sí y Federico, con los alemanes que le habian seguido desde el corazon del imperio.

Tomadas por una y otra parte estas disposiciones, juzgó Cárlos que habia llegado el momento de ponerlas en ejecucion; renovó á Enrique de Cosenza y á sus tres lugartenientes las instrucciones que ya les habia dado, y aquel puñado de hombres, que ascendian á dos mil quinientos caballeros, avanzó al frente de Conradino.

Los gefes del ejército imperial, viendo en la primera fila el estandarte de Cárlos de Anjou, y creyendo reconocer á este mismo por sus insignias reales y su dorada armadura, no dudaron que tenian á su frente todo el ejército güelfo. Asi, como era fácil ver, que este era la mitad menos numeroso que el ejército gibelino, su valor se aumentó; y Conradino haciendo oir el grito de ¡*Suabia, caballeros*! puso lanza en ristre, y acometió el primero á los provenzales, lombardos y toscanos.

El choque fué rudo; se habia encargado á los gefes que lo sostuviesen el tiempo suficiente para hacer creer á los imperiales en una victoria formal; pero cuando tantos valientes caballeros vinieron á las manos, tuvieron vergüenza de huir, aun para hacer caer á sus enemigos en una emboscada; se defendieron, pues, con tanto encarnizamiento, que Cárlos de Anjou, no comprendiendo la ejecucion de sus órdenes, dejó el pequeño valle donde estaba oculto con sus seiscientos hombres y subió á una colina para ver lo que pasaba.

La lucha era terrible; todos los esfuerzos de los imperiales se habian concentrado sobre el punto en que habian creido reconocer al rey; Enrique de Cosenza habia sido rodeado, y temiendo si se rendia, se reconociese que no era el verdadero rey, queria dejarse matar. Por su parte sus lugartenientes y sus soldados no querian abandonarle, y en lugar de huir se mantenian firmes. Viéndolos asi rodeados y luchar tan esforzadamente contra fuerzas dobles de las suyas, Cárlos de Anjou queria abandonar el plan de batalla y correr en su socorro; pero Allard de Saint Valery le detuvo. En aquel momento Enrique de Cosenza cayó atravesado el cuerpo, y los demas lugartenientes, perdida la esperanza de salvarle, dieron la órden de retirada, que bien pronto se cambió en derrota.

Entonces lo que se habia previsto sucedió, los soldados de Cárlos de Anjou y los de Conradino se lanzaron mezclados á través del campo, unos huyendo y otros persiguiendo; mas apenas los imperiales hubieron visto las tiendas abiertas, cuando atraidos por las telas preciosas, por los vasos de plata, por las espléndidas armaduras que encerraban y creyendo por otra parte á Cárlos de Anjou muerto y su ejército disperso, rompieron sus filas y se entregaron al saqueo. Vanos fueron todos los esfuerzos de los dos jóvenes para ordenarlos; su voz no fué oida, ó los que la oyeron no la escucharon, y apenas de sus cinco mil hombres de armas les quedaron á su rededor quinientos, con los que continuaron en persecucion de los fugitivos; todos los demas se quedaron, é infringiendo las órdenes, se esparcieron por las llanuras.

Este era el momento con tanta impaciencia aguardado por Cárlos de Anjou. Aun antes que los fugitivos hiciesen, tocando la trompeta, la señal convenida, se levantó sobre sus estribos, y gritando: ¡Montjoie! ¡Montjoie, caballeros! fué á dar con sus seiscientos hombres de tropas de refresco en medio de los saqueadores, que tan lejos estaban de esperar aquella sorpresa, que tomándola por un destacamento de los suyos que iba á reunirse al cuerpo principal del ejército, ni aun se prepararon á la defensa. Villehardoin llegó por su parte como el rayo; al mismo tiempo se oyó la trompeta de las tropas ligeras: el ejército de Conradino estaba cogido entre tres murallas de acero.

Antes que los alemanes hubiesen reconocido la celada en que acababan de caer, estaban ya perdidos; ni aun intentaron resistir y comenzaron á huir por todos los sitios que les presentaban las tres divisiones de sus enemigos. Conradino queria hacerse matar sobre el terreno; pero Federico y Galvano Lanzia tomaron cada uno su caballo por la brida y le llevaron al galope, á pesar de sus esfuerzos para desembarazarse de ellos.

Asi anduvieron cuarenta y cinco millas, no deteniéndose sino una sola vez para dejar comer á sus caballos; en fin, llegaron á Astur, ciudad situada á una milla del mar. Alli, fueron reconocidos como alemanes, por gentes del señor de Frangipani, á quien pertenecia aquella vila, y que fueron á prevenir á su señor que, cinco ó seis hombres, cubiertos de sangre y polvo se habian apeado é iban á ajustarse con un pescador para que los condujera á Sicilia: la partida estaba fijada para la noche siguiente.

El señor de Frangipani, despues de algunas preguntas sobre el modo como los alemanes estaban vestidos, habiendo sabido que llevaban corazas doradas y coronas sobre sus cascos, no dudó que fuesen ilustres fugitivos:

se confirmó en aquella idea cuando supo durante el dia que Conradino habia sido batido por Cárlos de Anjou. Entonces le ocurrió la idea de que acaso alguno de los fugitivos fuese el mismo pretendiente, y comprendió, que si era asi, y si podia entregarle á Cárlos de Anjou, éste le pagaria su enemigo mortal á peso de oro.

En consecuencia, habiéndose informado de la hora en que debian embarcarse los fugitivos, hizo preparar un barco doble de grande que el que les estaba destinado, é hizo tenderse en él unos veinte hombres armados: fué él mismo cuando la noche comenzaba á caer, y oculto en un puertecillo, esperó á que el pescador se hiciese á la vela: apenas lo verificó, apareció él á su vez, y como su barca era de doble dimension que la que perseguia, bien pronto la alcanzó y aun la adelantó. Entonces bogó á través, y cortando el camino á los fugitivos, les intimó se rindiesen. Conradino intentó defenderse, pero no tenia mas que cuatro hombres consigo, y el señor de Frangipani tenia veinte; fué preciso, pues, ceder, al número, y los dos jóvenes fueron llevados prisioneros con su acompañamiento á la torre de Astur.

El señor de Frangipani no se habia engañado; recibió de Cárlos de Anjou el señorio de Pilose, situado entre Nápoles y Benevento, y en cambio entregó sus prisioneros al rey de Sicilia.

Una vez dueño del último rival que creyó deber tener, Cárlos de Anjou vaciló entre la muerte y una prision eterna; la muerte era mas segura, pero tambien era dar un terrible ejemplo al mundo hacer caer la cabeza de un rey jóven de diez y siete años bajo el hacha del verdugo. Creyó entonces deber encomendarse al papa y pedirle consejo.

El invencible Clemente IV se contentó con responder esta sóla línea, terrible por su lacónismo.

Vita Corradini, mors Caroli.—Mors Corradini, vita Caroli.

Entonces Cárlos no vaciló ya; un crímen autorizado por el papa cesaba de ser un crímen y se convertia en un acto de justicia. Convocó pues un tribunal: este tribunal se componia de dos diputados de cada una de las dos ciudades de la Tierra de Labor y del Principado. Conradino fué llevado ante este tribunal, acusado de haberse rebelado contra su legítimo soberano, de haber despreciado la escomunion de la Iglesia, de estar aliado con los sarracenos, y de haber saqueado los conventos y las iglesias de Roma.

Una sola voz se atrevió á levantarse en favor de Coradino: el que daba esta prueba de valor se llamaba Guido de Lucaria; un solo hombre se presentó para leerle la sentencia; la historia no ha conservado el nombre del que dió esta prueba de vileza. Unicamente, refiere Villani que apenas este juez hubo concluido la lectura regicida, cuando Roberto, conde de Flandes, el mismo yerno de Cárlos de Anjou, se levantó, y desenvainando su estoque, le atravesó el pecho de una estocada, esclamando:

—Toma, para que aprendas á tener osadia para sentenciar á muerte á tan noble y gentil caballero.

El juez cayó exhalando un grito, y espiró casi en el mismo instante. Y no resultó otra cosa de este asesinato, añade Villani, habiendo reconocido el rey y toda su córte que Roberto de Flandes acaba de conducirse como señor valiente.

Conradino no estaba presente cuando la sentencia fué pronunciada; bajaron entonces á su prision y le hallaron jugando al ajedrez con Federico.

Los dos jóvenes sin levantarse, escucharon la sentencia que les leyó el escribano; luego, concluida la lectura, volvieron á su partida.

El suplicio estaba fijado para el dia siguiente á las ocho de la mañana: Conradino fué conducido á él acompañado de Federico, duque de Austria, de los condes Gualterano y Bartolomeo Lancia, Gerard, y Gasano Donorético de Pisa. La única gracia que Cárlos de Anjou le concedió fué la de ser ejecutado el primero.

Llegado al pié del cadalso, Conradino rechazó á los dos verdugos que querian ayudarle á subir la escalera, y subió solo con paso firme.

En cuanto estuvo en el tablado, se quitó la capa, luego arrodillándose, oró un instante.

Cuando estaba orando, habiendo oido al verdugo que se aproximaba á él, le hizo seña de que habia concluido, y levantándose en efecto:

—¡Oh madre mia! ¡madre mia! dijo en voz alta, ¡qué dolor tan profundo te causará la nueva que te van á llevar de mí!

A aquellas palabras, que fueron oidas de la multitud, prorumpieron muchos en sollozos; Conradino vió que entre el pueblo todavía dejaba amigos, y acaso vengadores.

Entonces se quitó el guante de su mano, y arrojándolo en medio de la plaza:

—¡Al mas valiente! esclamó.

Y presentó su cabeza al verdugo.

Federico fué ejecutado inmediatamente despues de él, y de este modo se cumplió la promesa que los dos jóvenes se habian hecho, de que ni aun la muerte podria separarlos.

Luego les llegó la vez á Gualterano y Bartolomeo Lancia, y á los condes Gerard y Gasano Donorético de Pisa.

El guante arrojado por Conradino en medio de la multitud fué recogido por Enrique de Apifero, que le llevó á don Pedro de Aragon, último y único heredero de la casa de Suabia como marido de Constanza, hija de Manfredo.